

Francisco Ayala

Los usurpadores
La cabeza del cordero



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Texto revisado por la Fundación Francisco Ayala

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

© Elizabeth Carolyn Richmond de Ayala, 2020
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-973-8
Depósito legal: M. 8.456-2020
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Los usurpadores

- 11 Prólogo redactado por un periodista y archivero,
a petición del autor, su amigo
- 23 San Juan de Dios
- 53 El Doliente
- 76 La campana de Huesca
- 93 Los impostores
- 116 El Hechizado
- 134 El inquisidor
- 157 El abrazo
- 189 Diálogo de los muertos

La cabeza del cordero

- 201 Proemio
 - 215 El mensaje
 - 253 El Tajo
 - 291 El regreso
 - 350 La cabeza del cordero
 - 409 La vida por la opinión
-
- 423 La Biblioteca Francisco Ayala de Alianza Editorial:
Un universo literario, por Carolyn Richmond

Los usurpadores

Prólogo redactado por un periodista y archivero, a petición del autor, su amigo

No es esta la primera vez que un escritor ya reputado encarga a otro, menos conocido que él, de presentar al público un libro nuevo. Que el autor del presente volumen, polígrafo cuya firma vienen repitiendo las prensas con frecuencia tal vez excesiva, haya recurrido a mí, oscuro periodista y archivero municipal de la ciudad de Coimbra, para que explique a sus lectores en un prólogo el significado de la obra de ficción que aquí les ofrece, es cosa desde luego que hace honor a nuestra vieja amistad pero, al mismo tiempo que muestra su confianza para conmigo, revela cierta desconfianza hacia la perspicacia y, desde luego, la memoria de esos eventuales lectores, sin lo cual no me habría encomendado como principal misión la de recordarles que sus primeras publicaciones –las de Francisco Ayala, quiero decir; ahí, en España, pronto hará un cuarto de siglo– fueron como esta de ahora invenciones novelescas. No deja de ser cierto, sin

embargo, que mi oficioso escrito resultaría innecesario, de haber observado él entre tanto, en su actuación de autor, el debido respeto para con el público. Un silencio, por dilatado que sea, en la producción de un escritor, es cosa apenas vituperable, muchas veces plausible y digna de gratitud; pero lo que Ayala ha hecho: interpolar en estos decenios ensayos muy abundantes de teoría política y hasta un voluminoso *Tratado de Sociología*, eso, por más que de vez en cuando templara tan áridas lucubraciones con trabajos de crítica literaria, no sé hasta qué punto pueda considerarse legítimo: perturba la imagen que el público tiene derecho a formarse –y más, hoy, en que prevalece el especialismo– de cualquiera que ante sí desenvuelva su labor; y resulta duro en demasía que quien ya parecía adecuada, definitiva y satisfactoriamente catalogado como sociólogo salga ahora rompiendo de buenas a primeras su decorosa figura profesoral, a la que pertenecen muy precisos deberes, para presentarse otra vez, al cabo de los años, libremente, como narrador de novelas.

Pero él lo hace, y mi función no es censurarlo, sino tratar de poner en claro sus motivos e intenciones. Tampoco, a decir verdad, esta nueva, o renovada, manifestación literaria irrumpe tan de improviso; alguna de las narraciones que integran el libro se adelantó, en efecto, a tantear la publicidad en Buenos Aires hace un par de años, y no sin éxito. Alcanzó laudatorias repercusiones; hasta una de las primeras autoridades en las letras argentinas, J. L. B., estimó entonces ser *El Hechizado* «uno de los cuentos más memorables de las literaturas hispánicas», y dijo por qué. Quisiera yo, a mi vez, explicar los rasgos inter-

nos que acierto a descubrir en *Los usurpadores*, libro cuyas diferentes piezas componen, en suma, una sola obra de bien trabada unidad, como creo que a primera vista podrá advertirse.

Su tema central –común a todos los relatos– viene expresado ya en el título del volumen que los contiene, y pudiera formularse de esta manera: que el poder ejercido por el hombre sobre su prójimo es siempre una usurpación. Todos ellos giran, cada cual según su órbita, alrededor de ese hecho terrible y cotidiano: en *San Juan de Dios* el impulso para imponerse y dominar conduce, ciego, hacia la propia destrucción, lo mismo que en *Los impostores*, aun cuando aquí el ansia no sea frustrada por obra de la propia violencia, sino por virtud de una justicia superior; y todavía en *El Doliente* esa frustración proviene de la fragilidad del apoyo que a los deseos imperativos del hombre presta su flaca naturaleza. Esos deseos se nos presentan con *El abrazo* en el barbotar de la sangre misma, calientes, sucios, nauseabundos. En *La campana de Huesca* la renuncia –inevitable por principio– al poder adquiere el carácter de un destino equívoco; y –cosa que también ahí apunta, aunque de distinta manera– en *El Hechizado*, ese poder que en otros lugares se sorprende brotando con la palpitación obscena del puro vivir, se nos muestra muerto, hueco, en el esqueleto de un viejo Estado burocrático.

Notoriamente, la estructura toda de esta narración (la examinaré en primer lugar, porque, conocida sin duda de ciertos lectores, ofrece un buen punto de referencia inicial), la estructura, digo, de *El Hechizado* está dispuesta para conducir por su laberinto hasta el vacío del po-

der. Representa al Estado, imponente y sin alma; en último término, expresa también el desesperado abandono del hombre, la vanidad de sus afanes terrenales. Sé que el autor vaciló, antes de escribirla, en la elección del sujeto histórico, y que se decidió a favor del rey idiota después de haber considerado el asunto bajo las formas del *zar loco*, de *interregno*, y de *sede vacante*. La elección de Carlos II, el postrer vástago degenerado de una dinastía poderosísima, se me antoja bastante afortunada. Desde la periferia, una vida ajena, ignorada, taciturna, la del protagonista, se empeña fatigosamente en penetrar hacia el centro hueco del gran Imperio. Su punto de partida es fresco y natural: cumbres andinas, la madre, una religiosidad simple; mas, conforme el viajero se acerca al núcleo del poder soberano, las instancias se van haciendo más y más formalistas, duras, impenetrables, y la humanidad más seca: el supuesto narrador es un erudito; el preceptor, un fraile latino; hay un changador negro, un mendigo inválido, un confesor alemán, conserjes, pajes, extranjeros, burócratas... Y, por fin —única mujer que hace acto de presencia en la narración—, una enana es quien le introduce, mediante soborno, al sagrario de la majestad, donde el monarca imbécil se encuentra rodeado de bestezuelas diabólicas... Curiosa es la ambigüedad que titila en el título del relato: «el Hechizado» es, sin duda, Carlos II de España; pero lo es, no menos, el indio González Lobo que se obstina en alcanzar su presencia; y lo son igualmente las multitudes a su alrededor. En puridad, *hechizados* están cuantos se afanan por el poder, y así podría decirse sin inconveniente de todos los demás personajes que pueblan este libro: el pastelero de Madri-

gal queda hechizado –y no se olvide que su madre comparece como una bruja: es traída en volandas, arrebujaada en su manto de viuda–, queda hechizado formalmente al recibir en el cuenco de sus manos el oro con los sellos reales; pero ¿no lo estaba a su vez del demoníaco rey don Sebastián, arrastrado a tan locas empresas? Y el Doliente en su cama, y los nobles al acecho; y los fraticidas hijos del rey Alfonso; y el irresoluto Ramiro; y los caballeros granadinos, enconados entre sí... Pero de análoga manera podría extenderse a todos ellos el título de *impostores*, pues también los legítimos dominadores usurpan su poder –*non est potestas nisi a Deo*– y deben cargar con él como una abrumadora culpa. Y asimismo, ser tenidos todos ellos por *dolientes*, pues que todos adolecen de la debilidad común a la condición humana.

Así, las seis novelas, a las que tan honda unidad de sentido anima, se intercomunican de diversas maneras, enlazando y modulando sus temas respectivos; consienten ser barajadas, ordenadas y reagrupadas, como una mano de naipes, en conexiones varias. Apuntada quedó la intuición capital de *El Hechizado*: el Estado, como estructura de un poder vacío. Esa intuición se encuentra también en *La campana de Huesca*, donde un testamento asombroso ha dejado el trono vacante en administración de las órdenes militares, y donde el cetro va a las manos de un príncipe que no lo apetece. Tampoco el Doliente es capaz de ejercer el poder real en Castilla. El reino de Portugal ha caído cautivo con la pérdida de don Sebastián. Y otro tanto ocurre con el reino moro de Granada, cuyas estirpes prolongan la discordia que lo ha hundido. En conjunto, aquella idea de una organización del po-

der, evacuado ya de la vida que lo erigiera, se opone en significativo contraste con la violencia elemental de *El abrazo*, donde se entreveran los sentimientos de toda una parentela movida por la ambición, los celos, el resentimiento, en fin, las pasiones más crudas. Esta historia de fratricidio intentó primero titularse *Los hermanos* y, según me consta, sin sombra de ironía: presenta las fuentes naturales de la discordia, tan mezclada al amor en la sangre, y de los impulsos dominadores, es decir, el polo opuesto al orden jurídico y burocrático del Estado. Pero su idea se encuentra también en las demás novelas. No solo en *San Juan de Dios* —que, a su vez, hubiera podido llamarse también *Los hermanos*, y pienso que con mejor título, pues se trata ahí, al mismo tiempo, de hermanos en la sangre y hermanos del instituto de San Juan de Dios—; no solo en *El Doliente*, cuya invalidez física envidia la fortaleza del hermano de leche, mentalmente inválido, sino en la propia *Campana de Huesca*, donde la primogenitura impávida de un infante ha descorazonado al otro, y quiere anularlo más allá de la muerte (él transforma aquí el odio resentido en renunciación); y hasta en *El Hechizado* mismo, que hace moverse al postulante en viaje a la Corte, impulsado por la nostalgia de un padre poderoso y desconocido. Y conviene notar que a los seres humanos sometidos a la experiencia del poder no los encierra inexorablemente el autor entre los extremos de la organización fría y desalmada por un lado y, por el otro, los elementales movimientos del ánimo. Si la renuncia al mundo es en *La campana de Huesca* mera flojedad y piedad falsa, en *San Juan de Dios* es caridad ardiente. Con ello, las novelas, que han aspirado en conjunto a

ofrecer ejemplaridad, entreabren un cauce piadoso a la naturaleza humana para salvarse de la desesperación.

Con esto, quedan reseñados los elementos ideológicos que a primera vista pueden descubrirse en *Los usurpadores*. Los excesos de nuestra época y las personales vivencias del autor justifican que perciba y subraye lo demoníaco, engañoso y vano de los afanes dominadores, y que vea la salud del espíritu en la santa resignación.

Pero ¿por qué apela a la conciencia de sus lectores, no desde el suelo de estas experiencias inmediatas que, más o menos de cerca, toda nuestra generación comparte, sino a través de «ejemplos» distantes en el tiempo? Probablemente, para extraer de ellas su sentido esencial, que los inevitables partidarismos oscurecen cuando se opera sobre circunstancias actuales.

Al proceder así, se expone empero a los conocidos riesgos del género histórico que, pese a rebrotes incesantes, tuvo su época de sazón y lleva el estigma de una subsiguiente decadencia, pródiga en aguanosos e insípidos frutos. No podía ignorar él esos riesgos, puesto que los materiales que utiliza fueron explotados antes por poetas, dramaturgos y novelistas —escritores a veces menos que medianos— del romanticismo y postromanticismo español: tras los romances del duque de Rivas, los hechos del rey don Pedro, conservados en la prosa enjuta del canciller López de Ayala, excitaron a la frondosidad del folletinista Fernández y González, quien también popularizó al Pastelero de Madrigal, traidor, infame y mártir para Zorrilla; y hasta el político Cánovas del Castillo hubo de permitirse una novela sobre la incierta

leyenda de don Ramiro el Monje. Si el autor se decidió a reelaborar ahora esos materiales, ya tan manoseados, fue tal vez por hallar en ellos la ventaja de unas situaciones históricas bien conocidas y, no obstante, desprovistas, por remotas, del lastre interesado que comportan las de nuestra experiencia viva; en consecuencia, más capaces de rendir las intuiciones esenciales que mediante su nuevo tratamiento artístico persigue. Apenas será necesario advertir que estas narraciones no recogen, a lo más, sino el nudo de la situación respectiva en cuanto aparece como significativo para las intenciones estéticas correspondientes; los personajes, o son en absoluto imaginarios –los personajes activos de *San Juan de Dios* y de *El Hechizado* carecen de toda apoyatura histórica; el santo y el rey, solo muy leves las tienen ahí–, o han sido configurados de manera libérrima, según esas mismas intenciones. El ambiente de época está reducido a indicaciones sumarias: no hay en todo el libro ninguna reconstrucción arqueológica; no sucumbe jamás al fácil y falso encanto romanesco que, mediante la evasión hacia épocas pasadas, suele derivar al baile de máscaras. Pocas y sucintas notas bastan para situar la acción, dándole una referencia precisa –a veces, una fecha–, muro de contención contra la también deleznable fantasía intemporal; de manera que, atraída la atención del lector hacia la época pertinente, no se le obligue a transigir con su guardarropía.

Con todo, el emplazamiento de una acción en el tiempo histórico tiene sus exigencias, y una de ellas es la adecuación del lenguaje –con lo que se esboza el peligro para el autor de incurrir en *pastiche*, de realizar arqueo-

logía idiomática—. El recurso a que algunos modernos acostumbran echar mano para eludirlo es imprimir al tratamiento de sus materiales —muchas veces, depurados con notable esfuerzo erudito— un sesgo de ironía, cuando no sazonarlos de humorísticos anacronismos. Guiño sutil o burlesco al lector, que no obedece tanto a una necesidad interna de la obra como a la experimentada por quien la escribe de salvaguardarse contra la sospecha de pedantería o de inocente romanticismo, y que si la liga con la actualidad es de modo artificioso y externo, aun cuando no por eso desprovisto de mérito. El autor de este libro ha desdeñado tan seguro recurso; prefirió, sin disfrazar su estilo espontáneo, darle a cada relato una moderada inflexión de época, que sugiera pero no imite; y, desde luego, se ha abstenido de introducir arcaísmos de diccionario. Así, por ejemplo, a la atmósfera agitada, patética, de *San Juan de Dios* corresponde cierto énfasis verbal, a cargo sobre todo de los discursos proferidos por uno y otro caballeros para trazar, directa, dramática, la historia de su rivalidad y de su apasionada lucha. Enfático es también el modo como se muestran en su curso las señales del destino —el castigo de las manos violentas, amputadas por el acero; el de las manos lúbricas, forzadas a palpar, muerta, la carne cuyo calor habían profanado—, entre tantos otros contrastes como la novela ofrece. Pero ese tono levantado destaca en ella sobre el doble marco de la simple, directa y a veces brutal naturalidad del muchacho, y la oscura efusión piadosa del santo, no libre de alguna malicia villana. Por otra parte, la presentación de toda la trama a partir de una vieja pintura aleja y encuadra la narración convenientemente. Y si de ahí

pasamos a *El Hechizado*, hallaremos, en cambio, un lenguaje cuya sobriedad toca en pobreza: los sentimientos deben permanecer ocultos, omisos; se prohíbe todo esplendor verbal por el orden del que se despliega a ratos –ahí sí– en *Los impostores*, donde el lenguaje barroco recubre, dándole formas hechas, tanto a los impulsos de la desbocada ambición como a un tierno enamoro doncellil, obligado a manifestarse a través de las recargadas fórmulas impuestas por una alta cultura. ¿Qué más cabría decir? El lector reparará sin ajena ayuda en cómo los requerimientos internos de cada relato han determinado la técnica de su desarrollo literario: el vago aire de crónica en *La campana de Huesca*; compostura erudita en *El Hechizado*; un ritmo muy variado en *Los impostores*, desde la majestad hasta el ludibrio; los cambios de perspectiva en *El Doliente*, donde se pasa desde el monólogo del desvalido enfermo a las charlas de sus bajos servidores para volver al frustrado escarmiento dispuesto por el rey; comprobará que si la naturaleza minada de este le impide imponerse, el mismo efecto producirá en el obispo su exuberante naturaleza; observará en *El abrazo* el juego bárbaro de pasiones viscerales a través del ojo astuto, clarividente, de un cortesano y partidario, incapaz, no obstante su habilidad y buen sentido, de encauzar los sucesos de modo razonable; y quizá cuando lo sienta rememorar ciertas escenas muy íntimas del rey con su querida se pregunte cómo podría el viejo favorito conocerlas así tan al detalle...

Doy por terminado con esto mi cometido. Consistía en explicar, por encargo del autor, las intenciones latentes de su libro, no en juzgar hasta qué punto ha sabido rea-

lizarlas bajo forma artística: para ello, nuestra demasiado estrecha amistad me inhabilita. Sea, pues, el lector quien, por su cuenta y riesgo, lo compruebe.

F. de Paula A. G. Duarte

Coimbra, primavera de 1948

En 1950, después de publicado el volumen de *Los usurpadores*, escribí todavía una historia más, la de *El inquisidor*, perteneciente a la misma vena, que yo había creído agotada, pero que aún dio ese fruto tardío. Ahora queda incorporada al ciclo donde corresponde.

F. A.

San Juan de Dios

De rodillas junto al catre, en el rostro las ansias de la muerte, crispadas las manos sobre el mástil de un crucifijo, aún me parece estar viendo, escuálido y verdense, el perfil del santo. Lo veo todavía: allá en mi casa natal, en el testero de la sala grande. Aunque muy sombrío, era un cuadro hermoso con sus ocres, y sus negros, y sus cárdenos, y aquel ramalazo de luz agria, tan débil que apenas conseguía destacar en medio del lienzo la humillada imagen... Ha pasado tiempo. Ha pasado mucho tiempo: acontecimientos memorables, imprevistas mutaciones y experiencias horribles. Pero tras la tupida trama del orgullo y honor, miserias, ambiciones, anhelos, tras la ignominia y el odio y el perdón con su olvido, esa imagen inmóvil, esa escena mortal, permanece fija, nítida, en el fondo de la memoria, con el mismo oscuro silencio que tanto asombraba a nuestra niñez cuando apenas sabíamos nada todavía de este bendito Juan de Dios, soldado

de nación portuguesa, que –una tarde del mes de junio, hace de esto más de cuatro siglos– llegara como extranjero a las puertas de la ciudad donde ahora se le venera, para convertirse, tras no pocas penalidades, en el santo cuya muerte ejemplar quiso la mano de un artista desconocido perpetuar para renovada edificación de las generaciones, y acerca de cuya vida voy a escribir yo ahora.

Hace, pues, como digo, más de cuatrocientos años (no mucho después de que el reino moro, dividido en facciones, desgarrado en la interminable quimera de sus linajes, se entregara como provincia a la corona de los Reyes Católicos), este Juan de Dios, mozo ya avejentado y taciturno, enjuto de cuerpo, enrojecidos los párpados por el polvo de la costa, entró a servir en la guarnición de la plaza. Por aquel entonces, todavía el encono de las recíprocas ofensas y los rencores de familia no cedían en Granada a la nostalgia de una magnificencia recién perdida. Gomeles y Zegrís habían tenido que abandonar la tierra; los Gazules, los nobles Abencerrajes, recuperaron en cambio sus bienes, recibiendo mandos militares en las compañías cristianas, cargos concejiles en la ciudad. Pero la violencia –esa misma violencia que, más tarde, habría de derramarse a borbotones desde las cumbres alpujareñas para escaldar la piel de España entera en la cruel rebelión de los moriscos– ahora, sofocada aún su furia, resollaba y gruñía en todos los rincones. A la saña de los antiguos partidos había venido a agregarse la desconcertada animadversión y el temor hacia las gentes intrusas llegadas con el poder nuevo. Y así, cada mañana, las calles y plazas famosas de Granada, las riberas del río, ama-

necían sucias con los cadáveres que la turbia noche vomitaba...

En medio de estas banderías civiles que doblan el odio de disimulo y la ferocidad de alevosía, supo nuestro Juan de Dios hallar su vocación de santo. La encontró –¿quién era él, el pobre, sino un simple soldado?– a través de la palabra docta, ardiente y florida de aquel varón virtuoso e ilustre, Juan de Ávila, más tarde beatificado por la Iglesia, el cual, secundando la política cristiana de Sus Majestades, predicaba por entonces a los granadinos el Evangelio, con invectivas, apóstrofes y amenazas que, como granos de sal, crepitaban al derramarse sobre tanto fuego. El fervor de uno de sus sermones fue, al parecer, lo que hizo a Juan abandonar el servicio de las armas, repartir sus pertenencias entre los pobres y, adquirido para sí el bien de la pobreza, consagrar su vida al alivio de pesadumbres ajenas.

Cuentan que obedeció para ello a un impulso repentino: la voz del predicador, que tantas veces había oído distraídamente, le taladró esta los oídos y le escaldó el pecho, invadiéndole con repentino espanto. Estaba –cuentan– perdido ahí entre los fieles, recogido, acurrucado, ausente la imaginación, cuando de improviso sintió que le asaltaba una rara evidencia, tan rara, en verdad, que tardaría un buen rato en rendirse a ella: la evidencia de que el Espíritu Santo se estaba dirigiendo personalmente a su olvidada insignificancia, y que los trémolos patéticos de su voz le increpaban a él, a él en particular, a Juan, desde el púlpito del orador... Por lo que uno de sus discípulos –empeñado más tarde en recoger de los labios reacios del santo algún detalle de esta revelación– dejara escrito,